

teniente de letras de esta capital &c.— Por la noticia que ha dado a este gobierno el excelentísimo señor don José Angulo, capitán general de los ejércitos nacionales en oficio de la fecha del día, relativa a otra que en parte ha dirigido el señor teniente general don Mateo García Pumacahua del campo de Viscachani, con fecha 7 del que rige, sobre que el general contrario don Juan Ramírez tuvo oficio del señor virrey de Lima para su rendición en obsequio de nuestras armas, y que la capital de Lima se hallaba declarada por la patria al mismo paso que dicho señor preso: para que este valeroso pueblo se prepare al común júbilo de tan plausible novedad por haberse quitado un enemigo formidable; ha resuelto sin pérdida de momento se publique por bando refiriéndose a la letra el mismo párrafo que la noticia que es del tenor siguiente.

“Luego que llegamos a Apo, tuvimos noticias de que Ramírez estaba a distancia de dos leguas, según el capitán don Casimiro Figueroa: que con oficio de rendición y noticia de que en Lima ya estaba por la patria, y que el virrey se hallaba preso incluyéndole la carta interceptada de Ica, y que dice le hizo temblar a tiempo de leer. Regresó sin contesto ofreciendo que lo haría, luego aumentó el pavor en los oficiales y toda gente. Llamé a junta de guerra, y se resolvió no convenir ya el ataque, sino una retirada honrosa, y espero órdenes de vuestra excelencia para todo, y mejor sería avanzar con cuantas armas han traído aquellos infames, ahora que se hallan cerca, para lo cual necesito auxilio de gente que sepa manejarlas. Cuartel general de Viscachani 7 de diciembre de 1814”. Es fecho en la ciudad del Cuzco a 15 días del mes de diciembre de 1814.— *José Angulo.*— *Juan Tomás Moscoso.*— *Doctor Miguel Vargas.*— Por mandato de S. S. *Mariano Noriega*, secretario de gobierno.— Es copia de su original. Cuzco 17 de diciembre de 1814.— *Mariano Noriega* secretario de gobierno. Nota.— En 27 de diciembre de 1814. Yo el escribano hice publicar el bando de arriba en este asiento, de orden del señor gobernador subdelegado, y lo anoto.— *Villasante.*

Núm. 4

Oficio del caudillo Angulo. [Ayaviri, 28 de febrero de 1815].

Sabiendo que las tropas de vuestra señoría han ocupado parte de nuestros territorios, y que marchan con dirección a la capital con disposición hostil, sin declaración de guerra formal, ni precedidas las relaciones que el derecho de gentes concede a todos los pueblos del globo; no puedo menos que dirigirle éste, para preguntar a vuestra señoría ¿por qué se nos hace la guerra? Desde luego advierto la impresión que le hará esta pregunta: vuestra señoría se cree autorizado para hacerla sin estipulación, ni reconvencción precedente: nos trata de insurgentes, y por consiguiente sin derecho de representación nacional, y sometidos al furor de sus tropas por la ley fatal introducida en nuestro continente sin reflexión, de que con el pueblo que se levanta, no hay obligación de guardar las formalidades de la guerra, estableciendo pactos y compromisos que pudiesen ahorrarla, y que hiciese de dos ejércitos beligerantes un pueblo amigo.

Si la religión y humanidad no dirigiesen mis miras, y lo que debo a la provincia que me ha colocado al frente de sus huestes para hablar de sus derechos y deberes, trataría de hacer frente a vuestra señoría sin más requisito, pues se ha visto desprecia vuestra señoría todo tratado que no sea el de someterse a la

servidumbre. Dispénsese esta expresión, pues quiero hablar más como hombre que como general.

La dilatada guerra que asola nuestro continente; la constancia y resolución de sus habitantes; el estado presente de la España, el de las provincias del Río de la Plata y demás del continente, la garantía inglesa en favor de nuestro sistema; en fin la utilidad común de españoles y americanos, debe por un momento suspender el juicio de vuestra señoría y darle lugar a reflexionar cuánto conveniría acabar la guerra por estipulación y no por las armas.

No es el temor quien anima mi expresión: la humanidad es quien me lo inspira; podemos ser desgraciados, pero también felices; advierta vuestra señoría cuánto se pierde por uno u otro lado por sostener una opinión. Dicho así porque la de vuestra señoría casi varía en cada campaña; pues es constante que ayer exponía vuestra señoría sus armas y vida por sostener la constitución, y hoy la sacrifica por destruirla. Bueno está que se queme este libro pernicioso; ¿pero quién nos relaja el juramento que las autoridades mismas nos obligaron a hacer para cumplir con sus principios? Bueno está que nuestro monarca hubiese firmado el decreto en su prisión; pero ¿quién le da validación, coacto por el pérfido Napoleón? ¿No se advierte que este impío quiere destruirnos por la maniobra de su política sombría? Vuestra señoría no debe ignorar los partidos que en la Península se han fomentado entre constitucionales y realistas; y que hecha presa la metrópoli del primero que la ocupa, presenta la imagen más dolorosa que la ruina inevitable de nuestra madre la España, que sucumbirá al fin a las miras del tirano, como todos nosotros al Porteño, después de la derrota del señor Pezuela que actualmente publica la fama.

Abramos los ojos, señor general, tratemos como hombres, y no como enemigos. Porque doy de caso que vuestra señoría concluya con nuestro ejército: que tome la capital; que el cuchillo y el suplicio devaste nuestra provincia; que ufano proclame las glorias de su triunfo: ¿Acaso la América se ha pacificado? ¿Volverá el antiguo orden de cosas? ¿El español y el americano se hermanarán para siempre? El ejemplo de las provincias beligerantes, ese fuego inextinguible, su constancia sin igual, y la rivalidad que se acrecienta, hacen ver que son inútiles los conatos de la fuerza, que los ejércitos sólo dominan en el terreno que ocupan, y que los corazones aunque tímidos en el instante, conservan en su interior otra esperanza. Y ¿qué remedio para una pacificación general? No encuentro otro que el de la pluma: la espada, lo repito, triunfa en el momento y languidece luego.

Si somos hijos de un padre común; si nuestra sangre es la vuestra; si la América es un don del cielo; disfrutémosla juntos: calmen los odios, cesen los disturbios; un feliz y eterno abrazo sancione nuestra amistad, unámonos para concurrir a nuestra felicidad, y queden olvidadas para siempre la tirana política y miras de gabinetes, en favor de nuestra común suerte. Si estas reflexiones, reducidas según la extensión que merecen, no conmueven a vuestra señoría y persiste en su opinión hostil y beligerante, le protesto delante de Dios y los hombres, no soy responsable a las tristes consecuencias de la guerra, que yo, ni mi provincia no declaro, sino sostengo la que se me hace desnuda de todo principio. Más dijera a vuestra señoría si su atención estuviese dispuesta, como lo verificaré siempre que esto se concluya por una entrevista o por la pluma, y no por la

espada. La religión, la humanidad, el honor y los talentos de vuestra señoría sean los consultores de cuanto he dicho; dignándose contestarme antes de todo procedimiento, para contestar yo a la nación de los míos. Dios guarde a vuestra señoría muchos años. Cuartel general de Ayaviri, febrero 28 de 1815.— *Vicente Angulo. — Señor mariscal de campo, y general en jefe, Don Juan Ramírez.*

Núm. 5.

Otro de Pumacahua. [Campo de Colaparque, 6 de marzo de 1815].

En el momento de haber tenido la noticia de que usted se dirigía a estos lugares, continuando en el capricho, que considero imposible por todas circunstancias, de que se pueda descomponer el nuevo sistema de gobierno que mediante las disposiciones divinas, han tomado mis amados compatriotas los americanos, salvo que algunos desnaturalizados, no hayan abrazado este feliz partido, quienes en parte han tocado su última ruina, y aun tocarán otros que ciegos y engañados; siguen los errados pasos de usted, a menos que manifiesten según estoy cierto, que los más sólo se mantienen a su lado por la fuerza: tuve por conveniente el conducirme a este punto con mi ejército invencible, sin más objeto en mancomún que el de vencer o morir que es lo natural, y son las palabras de las que no desistiré de ninguna manera, a fe de Pumacahua.

Llegado que fui a este dicho punto, he pasado de vista una proclama seductiva de usted, que por circular había despachado a estos lugares; asimismo he visto una carta contestación al señor mariscal de campo de los ejércitos nacionales don Vicente Angulo. En el primer papel, en sustancia ofrece perdonar usted a todos, pero que le tremulan las manos por Pumacahua, Angulos, Béjar y Pinelo, según me acuerdo: ¡qué disparate!

En el segundo que rindiendo las armas defensoras de la patria al frente del río a la tropa del Rey, serían por consiguiente perdonados, después de recibir el abrazo de paz: ¡bravo absurdo!

Sepa y advierta usted que aquellos individuos le han de hacer tremular, no sólo las manos y sí todo el cuerpo, al tomarle cuenta de tantas extorsiones que ha cometido usted, así con personas seculares, como con los señores eclesiásticos; de la sangre que se ha derramado por cuenta suya, y de la que aún se derramará. Por ventura ¿cuál es el rey a quien usted sirve, y cuyas tropas son las que manda? Notorio es que nuestro adorado señor *Don Fernando VII* no existe en el día, y que fue vendido a la nación francesa por los indignos europeos, y que por último se ignora absolutamente de su paradero. Persona de aquel retoño no ha vuelto a optar la corona de España; y ojalá que estuviese en posesión aquel santo joven u otro legítimo sucesor, en cuya cierta evidencia, ingrato y desconocido sería en levantar la espada en defensa de la causa del día, sino que entregaría en el momento su gobierno como fiel vasallo de esta América.

No hay más rey en el día que el capricho del europeo, de querer dominar con el disfraz de que ya está posesionado de su trono nuestro señor natural, mandar con esta capa como a esclavo, mantener en duras cadenas al infeliz humilde americano, exprimirle la sangre que le circula en sus venas, y por último arrancarle el corazón, así como usted va entregando a innumerables inocentes al